

843
L.



PQ2257

.G9

C788

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ANDRÉS IVANOVITCH

I

En medio de una noche de invierno fría y sin luna, un trineo que arrastraban dos caballos lanzados á rienda suelta atravesaba con vertiginosa rapidez la llanura que se extiende desde Wologda hasta N...

Los patines resaban la nieve dura y frágil con un silbido continuo, y los cascós de los caballos la hacían crujir arrancándole fragmentos que se deshacían en tenue polvo á derecha é izquierda.

Ninguna luz delataba al trineo, que pasaba casi invisible en la oscura noche, confusamente iluminada, sin embargo, por el blanco reflejo del suelo.

Dos personas ocupaban el vehículo: una mujer ¡cuidadosamente arropada en pieles, y un hombre que, envuelto en una buena *tulupa*, guiaba los caballos.

—¡Ah, Pavél! ¡Qué dichosa soy al verme libre!—dijo la mujer con voz entrecortada por la velocidad de la carrera.

El hombre sólo contestó con un afectuoso gruñido.

—¿Estás seguro de ir derecho? El espesor de la nieve ha borrado el camino, y no comprendo

cómo puedes guiar á tus caballos en esta obscuridad.

—Pierda usted cuidado, Celia Gregorowna, por donde voy puedo correr con los ojos cerrados. Además, he aquí uno de los postes que señalan el camino... ¡Ah! Ya está lejos—añadió Pavel al ver que su compañera volvía la cabeza,—pero no nos hemos apartado del buen camino.

Celia Gregorowna se echó á reír.

—¿Cómo va á sorprender á esos buenos aldeanos nuestra imprevista llegada! Sus exclamaciones serán inacabables. ¿Estás bien seguro de esa gente?

—Como de mí mismo—dijo Pavel—y si no, no conduciría á usted á su casa, porque la mujer de Ivan Ivanovitch era hermana de la querida compañera que perdí. He hecho algunos favores á Ivan, que no es ingrato, y se lanzaría al fuego por mí.

—¡Más de prisa! Estos caballos no andan—dijo Celia mirando hacia atrás como si temiera ser perseguida.

Pavel comunicó mayor velocidad al tronco, aunque no pareciese posible.

Pronto fué atravesada la inmensa llanura, y el trineo, sin disminuir la velocidad de su carrera, bordeó un bosque de pinos.

Los árboles se erguían al principio á un solo lado del camino, y más tarde al otro, pero separados y escasos, semejantes á grandes espectros que levantasen blancos sudarios.

Un perro ladró á lo lejos.

—Ya nos anuncian—dijo Pavel.

El bosque de pinos se apartaba un poco del borde del camino, y empezaban á aparecer algunas cabañas semi-envueltas en la nieve, que

apenas se distinguían en la penumbra y más bien parecían ser elevaciones del terreno.

Pavel dirigió bruscamente el tiro á la derecha y bordeó un momento una empalizada de cañas.

—Hemos llegado—dijo deteniendo á los caballos.

A no ser por los aullidos de los perros, que se oían por diversos lados, se hubiera dudado de la presencia de un ser viriente en aquel pueblo hundido en la nieve y tan completamente inmóvil y silencioso.

Se había parado el trineo ante una puerta cochera mucho más alta que la empalizada de madera que cortaba. Pavel saltó á la nieve y buscó la cadena correspondiente á una campana interior; tanteó algún tiempo á lo largo de la puerta y cogió, no sin trabajo, aquella cadena con mano entorpecida por un enorme guante forrado y articulado solamente en el pulgar.

Sacudida con fuerza la campana produjo un sonido grave y vibrante, pero nadie se movió en la casa.

—No llegaremos á despertarlos—dijo Celia.

Pavel llamó otra vez y acompañó el campanilleo con violentos puñetazos en la puerta. El primer resultado de aquel estrépito fué llevar al *máximum* la indignación de los perros y hacer cacarear á algunas aves, despiertas súbitamente; después apareció una luz en una ventana, haciéndola visible en la obscuridad, y, por fin, abrióse la reja y se oyó una voz de mujer, que dijo:

—¿Quién arma semejante escándalo á estas horas?

Una voz de hombre añadió enseguida:

—Ven acá, Andrés, y carga la carabina,

—¿Cómo, cómo?—gritó Pavel.—¿Se recibe así á un antiguo amigo? ¡Un tiro! No seas tan precipitado. Soy Pablo Petrovitch, tu compañero, tu cuñado. ¡Vaya un modo de recibirle á uno!

—¿Pablo Petrovitch? ¿Pablo Petrovitch? ¿Es posible? ¡En semejante noche, llegando la nieve á la altura de un hombre!

—¡Vamos! ¿Vas á estarte maravillando hasta mañana dejándome helar á la puerta?

Abrióse otra ventana y una voz joven y fuerte, dijo:

—No salga usted, padre, que hace mucho frío; yo bajaré y abriré á Pablo.

Pronto se iluminó el patio, corrieron sombras y claridades bruscas sobre la fachada, y la puerta se abrió.

—Bien venido, Pablo Petrovitch—dijo el joven poniendo la linterna en el suelo para abrir la segunda hoja de la puerta.

—Buenas noches, Andrés, buenas noches, lleva á mis caballos á la cuadra.

Al mismo tiempo Pablo hizo entrar el tronco en el zaguán.

—¡Ah! no está usted solo—dijo Andrés viendo á Celia que no había bajado del trineo.

—¡Chito, hijo, chito! Cierra la puerta—respondió Pablo ayudando á su compañera á apearse.

Entraron en la casa; Ivan salió al encuentro de su amigo. Ambos se abrazaron y se besaron afectuosamente, y luego besó también Pavel á Catalina, la mujer de Ivan, en las mejillas.

—Entremos deprisa—dijo—que traigo á la condesita.

—¡La condesita, Dios mío, y sin avisarnos! ¿Cómo la recibiremos con los honores que la corresponden?—exclamó asombrada Catalina.

—No se asusten ustedes tanto, que no necesita más que algo de fuego para entrar en calor—dijo riendo Celia.

—Afortunadamente en este tiempo arde la estufa noche y día—exclamó Catalina—pero de todos modos debió Pablo habernos escrito.

Entraron en una habitación cuyo techo y paredes estaban revestidas de planchas de abeto caprichosamente labradas; el pavimento, bien jabonado y raspado, parecía haberse estrenado la víspera, por lo blanco que estaba; entre dos ventanas sin cortinas se veía un gran sofá de cuero verde; una mesa y algunos taburetes completaban el mueblaje; en la pared, un cuadro representando á la Virgen y al Niño Jesús, pintado según la escuela bizantina, tenía reflejos leonados. El vestido y velo de la Virgen eran de oro, recortados sólo en el lugar correspondiente á la cara y las manos, que enseñaba en carne morena. Ante la santa imagen colgaba del techo una hermosa lamparita apagada. Bien se veía que no se habitaba ordinariamente aquella pieza, y claras eran las señales de que solía dejarse aislada. Era un locutorio más bien que un salón. Catalina, que precedía á su huésped con una lámpara en la mano, no hizo más que atravesar aquella habitación y penetrar en otra sala más risueña, que era al mismo tiempo cocina y punto de reunión. La lámpara iluminó primero un aparador que ocupaba un rincón y relucía cargado de vajilla pintada, vasijas de cobre amarillo y algunos objetos de plata damasquinada; después dejó ver la ancha esfera de un reloj con caja de encina esculpida y algunas armas colgadas en la pared.

Celia se sentó en un banco empotrado en la

pared y que recorría como un diván dos lados de la sala sin interrupción, y se apoyó en la mesa grande que ante aquel banco se extendía.

—¡Ah, Pobre Pablo!—dijo mientras Ivan echaba leña al fuego y Catalina la miraba con cándida admiración—me parece que ha hecho una locura viniendo aquí.

—¿Desagrada á usted el sitio, señora?

—No; pero ¿podré vivir aquí sin estorbar en grande á esta buena gente?

—Vaya una ocurrencia—contestó Pablo—solamente temo que se vuelvan locos de contentos cuando sepan que les quiere usted honrar con su compañía.

Catalina, con la boca abierta, escuchaba sin comprender. Se había puesto apresuradamente una falda de lana colorada y una tulupa vieja de su marido, y algunos mechones de cabellos rojos salían de su gorriño de lana almohadado y adornado. Tenía cara de aldeana honrada y buena.

—Expliquémonos al fin, Pablo—dijo Cella.

—Ven acá, Ivan, y escucha lo que voy á decirte—dijo Pablo Petrovitch.

Ivan se acercó, quedándose de pie.

—Ustedes no conocen á la condesita, aunque muchas veces les he hablado de ella. Ya saben que la crió mi pobre difunta, y hasta creo haberle ayudado yo, puesto que la hice tomar la primera papilla cuando la destetaron, y aun me parece verla todavía hacer muecas, que dejaban ver sus lindos dienteitos nuevos, y acabar por meter la mano en la cuchara. Figúrense ustedes si la quiero, no habiéndome separado nunca de ella. Desde que es una señorita hermosa y noble estoy sirviéndola muy á gusto. Pues bien, la pobre Cella, á quien hemos mi-

mado y consentido tanto, es desgraciada. Murió su madre al darla á luz, como ustedes saben, pero quedaba el conde que adoraba á su hija, hasta que por desgracia murió también y Cella fué confiada á un tutor, que no fué bueno ni malo mientras era sólo, pero que se hizo malísimo en cuanto se casó con una mujer envidiosa y áspera.

—¡Ah, no me hables de Prascovia!—interrumpió la condesita—es una mujer odiosa á quien no quisiera volver á ver. Imaginad, buena amiga, que tengo hoy diecinueve años y que hace tres que se casó Prascovia con Samailof, desde cuyo día se me trata en mi propio castillo como al último de los mujiks. Prascovia cree que mi juventud estorba á su edad madura, y se venga de mí con todas las pequeñeces que puede usar una mujer mala. Puede suponerse cómo sentará eso á quien, como yo, está acostumbrada á disponer y hacer su voluntad, pero todo lo tomaba con paciencia por no saber cómo salir del paso. Ahora Prascovia me quiere casar con un viejo. ¿Comprendes, Catalina? Un hombre de edad tres veces como la mía, cuando á mí se me figura un viejo, un hombre de veinticinco años.

Catalina exhaló un suspiro lleno de commiseración.

En aquel momento entró Andrés en la sala por una puerta que daba al patio. Los caballos estaban en la cuadra y el trineo colocado bajo un cobertizo.

—Sentaos todos—dijo Cella.—Estoy distraída y os dejo de pie.

Los aldeanos se sentaron en taburetes; el joven continuó de pie.

—No me habías hablado de este muchacho—

dijo Celia mirando á Andrés con curiosidad, y añadió para sí: ¡Qué lástima que su mujer tenga tan buen aspecto, cuando tantos señores parecen micos!

El joven, algo turbado, fué á encender lumbr para preparar el te.

—Quizá la señora no guste del te que bebemos nosotros—dijo Catalina.

—Soy, en efecto, muy exigente para estas bebidas—dijo Celia—pero tengo en mi maleta te de caravana. ¿Se llama Andrés tu hijo?—dijo á Ivan.

—Andrés Ivanovitch.

—Andrés—dijo al joven—mira detrás del trineo, donde hallarás una maleta y un cofre, y trae la maleta.

Andrés salió y volvió en seguida con la maleta, que colocó sobre la mesa. La condesita se quitó de un tirón el guante forrado y sacudió un poco sus dedos, blancos como la leche, de los cuales uno llevaba dos sortijas con un diamante y una ancha turquesa respectivamente. Cogió una llavecita y abrió la maleta.

Mientras registraba mil cosas que exhalaban delicioso perfume, Andrés la miraba con cierta sorpresa, como quien sueña. Como no habla oído el principio de la conversación, no sabía quién era ni qué hacía allí, pero á lo menos podía contemplar su rostro. Vió una piel de incomparable blancura, ojos negros sombreados por pestañas larguísimas, como las de los niños, cabellos semejantes á la plata sobredorada que ha palidecido con el uso, nariz fina, cuyas fosas parecían transparentes, y boca de forma indecisa, pero extremadamente graciosa, que elevaba por un lado la sonrisa haciendo hoyuelo en la mejilla. Las cejas, muy movibles, daban por

momentos expresión grave á aquella cabeza infantil. La mirada era segura, y bajo aquella belleza delicada y señorial se adivinaba energía tenaz.

—¿Quién será?—se preguntaba Andrés.

Ella alzó hacia él su lindo rostro y le tendió el paquete de te envuelto en papel plateado, después se quitó la pelliza negra, forrada de zorro azul, y la capucha que cubría su cabeza. Extendiéronse por su espalda los rizos de oro de sus cabellos. Una cadena de Venecia, de la cual pendía su reloj, se enredó en un corchete, y Celia lo arrancó con impaciente movimiento.

—Voy á ver—añadió—si termino mi historia. En resumen, os diré que me he escapado. Bien sé que nadie podía obligarme al matrimonio con aquel viejo feo, pero cada día tenía que escuchar sus requiebros y ver su antipática fisonomía colorada y vulgar; cada mañana tenía que echar al fuego sus ramos y sus cartas, y oír además las continuas reconvenções de mi tutor y las viperinas insinuaciones de Prascovia. Creí que me iba á volver loca, y entonces fui á buscar á mi buen Pablo, que á veces se lamentaba conmigo de aquella situación, y le confié mi decisión de dejar la casa. Quería yo irme á Francia, pero me hizo notar que no podía disponer de mi fortuna y sería allí desgraciada, y además que no era conveniente para una joven andar así por el mundo, y me ofreció traerme á casa de gente muy buena, que me querría como á una hija y me haría pasar por una parienta, guardando el secreto de mi verdadera condición. Ahora bien, ya estoy en esa casa. ¿Me queréis?

—¡Ah, Virgen Santa!—exclamó Catalina—¿que sí la queremos? Eso es como preguntar al

corderillo recién nacido si quiere la leche de su madre.

Esta extraña comparación hizo sonreír á Celia.

—Señora — dijo Ivan — encontrará usted en nosotros devotos y fieles servidores que nunca olvidarán el honor que usted les hace eligiendo su casa como asilo.

—Pero para no llamar la atención es preciso que nuestra querida señorita adopte la vida y traje de aldeana — dijo Pablo. — Acostumbrada al lujo, será esto difícil para ella.

—¿Qué dice Pablo? — gritó la joven. — Con tal de alejarme de Prascovia sería yo capaz de vivir en las estepas de Siberia. Aquí seré muy feliz y me distraerá vivir algún tiempo á lo campesino. Me gusta mucho la vida libre y selvática.

—Nada le faltará á usted aquí — afirmó Ivan — y sus tocados, aunque menos bellos, no serán menos cómodos ni abrigados. El afecto de cuantos la rodean le hará olvidar, tal, vez el mal corazón de Prascovia.

—Gracias, hijos míos — dijo Celia. — También yo os quiero mucho.

Andrés había traído vasos, y se sirvió el té.

—Oye, Andrés — dijo Pablo — ¿tienes dos caballos buenos que no se entretengan en el camino?

—Tengo dos trotones que devoran una distancia como yo esta taza de té.

—¿Tienes un tronco?

—Tengo varios.

—Pues bien, toma el más ligero y engancha, vas á llevarme hasta la casa de postas de L.... Lejos está, pero las noches de invierno son largas. Al amanecer estarás de vuelta.

—¿Por qué no llevas nuestros caballos? — dijo Celia.

—¡Ah, señora! Porque he pensado en todo lo que usted ha olvidado. Quiero que crean en el castillo que se ha marchado usted sola, y es preciso que nuestro tiro no vuelva á parecer. En la casa de postas obligaré, con algunos rublos á los criados y palafreneros, á decir, si algo les preguntan, que una señora ha pasado de noche, ha pedido una taza de te, ha continuado su carrera por el camino que lleva á la estación del ferrocarril y debe de haber pasado la frontera prusiana.

Enseguida volveré al castillo sin ser visto, fingiré gran asombro mañana cuando sepa la desaparición, y como la creerán á usted fuera de Rusia, no vendrán aquí á buscarla.

Tienes ingenio, Pablo, y muchísima razón. ¡Que furiosos van á estar mis queridos perseguidores!

¿No teme usted, querida señorita — dijo Ivan — que aprovechen su ausencia para derrochar su fortuna?

—Pierde cuidado, Ivan, que allí estaré yo — dijo Pablo. — Soy el intendente de la casa y todo pasa por mis manos. Sólo me quedo allí para vigilar al enemigo, pues de otro modo no me separaría de mi dueña. No haría tal cosa Pablo Petrovitch si no vivir siempre al lado de aquella á quien hizo trincar en sus rodillas.

—No te entristezcas, Pablo — dijo la joven — dentro de año y medio llegaré á la mayor edad y todo cambiará en aquella casa.

—Entre tanto mucho me alegraré de que usted sea feliz, pero hay que darse prisa. El tiempo pasa y he de llegar antes de amanecer.

Andrés se puso su gorro forrado, se abrigó bien con la *tulupa*, y cojiendo la linterna salió afuera.

El tronco estuvo enganchado pronto.

—¡Adios, señora, adios! ¡Quién sabe cuando nos volveremos á ver! —dijo Pablo besando la falda de su ama; pero ésta le tendió su mano, que él llevó á los labios con respetuosa ternura.

—¿Vendrás á verme con frecuencia, verdad? —le preguntó.

—Cuando pueda hacerlo sin riesgo, vendré.

Abrazó muchas veces á sus antiguos amigos y se fué con Andrés.

—Voy á llevarla á usted á la habitación donde duerme el señor cuando viene por aquí de caza—dijo Catalina—Es un hermoso cuarto que él ha hecho amueblar; pero póngase la peliza hasta que se encienda bien el fuego, porque se resfriaría fácilmente.

Catalina guió hasta el primer piso á la joven condesa por una escalera de madera que cruja bajo los pies como si fuera á romperse.

Mucho gustó á Celia la habitación; era limpia y hasta coquetona: cortinas de Persia con grandes flores ocultaban las ventanas; una piel de oso cubria el pavimento de madera ante la cama, y un gran espejo se inclinaba sobre un tocador guarnecido de una tela semejante á la de las cortinas.

Pronto ardió la estufa. Catalina hizo la cama y la joven empezó á desnudarse.

—Ayúdame—dijo Celia á la aldeana.

Catalina trabajó lo mejor que supo, pero se embrolló con los corchetes y cordones, con gran hilaridad de la joven condesa, quien acabó por acostarse y se durmió enseguida.

Sonó que Prascovia había descubierto su retiro, pero había sido encerrada por Andrés en la cocina y estaba imposibilitada para hacer daño.

II

Al día siguiente Celia tardó en despertarse; Catalina había entrado varias veces en la habitación para atizar el fuego, pero la joven nada había oído. Hacia el mediodía abrió por fin los ojos, se sentó en la cama y miró á su alrededor.

Deslizóse entre las cortinas un pálido rayo de sol. Celia vió que habian dejado su cofre sobre dos sillas, cerca de la ventana, y que su maleta estaba allí también.

—¿Cómo me las arreglaré sin doncella?—se dijo recordando las torpezas de Catalina. ¡Bah! Ya acabaré por acostumbrarme.

Colocó sus piececitos sobre la piel de oso y fué á abrir su cofre. Después de echar al suelo el contenido, halló por fin una bata de terciopelo azul, adornada de armiño, y se la puso; después arregló un poco su cabellera, colocó sobre su cabeza una pañoleta de punto de Inglaterra, y bajó.

Toda la familia, reunida en la sala común, aguardaba á que se despertase. Cuando llegó al pie de la escalera, oyéronse gritos de alegría, y Catalina fué á besar la falda de la joven.

—¿Verdad, Katia, que me levanto tarde y que me esperábais para comer?

—¡Oh! No son más que las doce—dijo la aldeana mirando el reloj.

Había allí dos personas que Celia no había visto la víspera.

Permítame usted que le presente á mi hija y á mi yerno—dijo Ivan;—aquella se llama Macha y éste Fedor Alexandrovitch. ¿Creerá usted que nada han oído esta noche? Se levantaban esta mañana cuando volvía Andrés con los caballos, y éste se lo ha contado todo.

Macha y Fedor contemplaban mudos y estupefactos á la recién venida, que les parecía una reina ó una santa.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!—dijo Catalina—la señora tendrá apetito. ¡Con tal de que nuestra pobre cocina no le desagrade mucho!...

—Segura estoy de que tu cocina es excelente, Katia, si se ha de juzgar por el aroma que exhala.

—La he hecho lo mejor que sé—contestó la aldeana.

Se había cubierto la mesa con un hermoso mantel adornado con cenefa de sarga roja y una blonda ordinaria. Se había sacado del armario la mejor vajilla y un cubierto de plata cincelado brillaba en el sitio de Celia.

La joven se sentó á la mesa, y mientras Catalina iba á buscar el *chitchi* (sopa de carne y legumbres), Celia miró á sus huéspedes uno tras otro.

Ivan tenía un rostro regular, algo colorado. La barba ancha y su cabellera con la raya al medio, según la moda entre los mujiks, eran rubias, con algunas canas. Sus facciones expresaban la resignación y una especie de tranquila dignidad.

Macha se parecía á su padre: era una hermosa joven alta y robusta, de abundante cabellera, rojos labios, ojos claros, alegres y francos, que dejaban leer hasta el fondo de su espíritu sencillo y de su buen corazón. Un niño de

cinco á seis años la tenía cogida por la falda, y, con un dedo en la boca, miraba á la señora asombrado.

El marido de Macha tenía aspecto honrado, pero bastante vulgar: la barba le llegaba á la mitad de las mejillas, y su cabello castaño claro le bajaba por la frente casi hasta las cejas. Celia miró más largamente á Andrés que, sentado en la punta del banco, cortaba maquinalmente un pedazo de madera. Tenía algunos años menos que Macha, y apenas un ligero bozo sombreaba su boca seria. Alto y ancho de hombros, parecía tener una fuerza poco común. Su cabello, castaño obscuro con reflejos leonados, arrancaba bien de su frente ancha, más blanca que el resto de la cara. Su nariz era recta y algo corta, su boca estaba admirablemente dibujada, y su barbilla tenía un contorno puro y sólido. Tenta los ojos bajos. Celia le habló para hacérselos levantar. Ivan, de un azul extraño, muy claro, transparente, recordaba el reflejo del cielo sobre los hielos del Polo. Aquel joven realizaba el perfecto tipo de la belleza del Norte. Hacía pensar en las antiguas razas, en los héroes fabulosos del Edda, en los hijos de Odín, que vencieron á los gnomos y á los dragones.

—¡Qué lástima que sea un mujik!—se dijo Celia encogiéndose ligeramente de hombros.

Mientras hacía honor á la comida, que quizás por la novedad le parecía deliciosa, hizo hablar algo á sus huéspedes.

—¿Qué clase de hombre es vuestro amo?—preguntó.—¿Es joven?

—No tiene treinta años—dijo Ivan,—es un joven disipador, egoísta y lleno de malos caprichos.

—No parece que le quieras mucho.

— Es el amo—dijo Ivan.
 —Y ¿cómo se llama? ¿vive lejos de aquí?
 —Se llama Alejo Alejandrovitch Penoutch-

kine.
 Su casa señorial está á veinte leguas de aquí, pero pocas veces se le ve en ella; habita en San Petersburgo, y solo vuelve á su casa cuando no le queda un rublo en el bolsillo.

—¿Es rico?
 —Poseo este pueblo, que tiene un millar de habitantes, y los campos desde aquí hasta su casa, pero todo lo derrocha, y puedo yo considerarme más rico que él.

—¿Eres tú rico?
 —Tengo dinero.
 —¿Has comprado esta casa?
 —No soy tan torpe; de haberla comprado, el mejor día el amo vende mi casa á otro y me echa fuera, porque podría hacerlo. Le pago un tributo y exploto la granja por mi cuenta.

—¿Por qué no has comprado tu libertad?
 —Porque el amo nunca lo ha consentido, á pesar de ofrecerle más dinero del que valgo. Este es libre—dijo dando una palmada en el hombro á Andrés;—era todavía muy niño cuando el amo vino un día de muy mal humor; adido vine que necesitaba dinero, pero me hice el tonto, y al servirle, dije que mi hijo estaba enfermo, y temía perderle.

—¿Vete al diablo—me dijo—bastante me importa tu hijo!

—¿Qué tiene el señor?—dijo yo.—¿Por qué se digna encolerizarse?

—He perdido quinientos rublos al juego y mi bolsilla está vacía. ¿Qué te importa eso?

—¿Quinientos rublos!—exclamé—toda la vida se necesita para ahorrar tal cantidad. Yo soy ya

viejo y no he podido juntar más. Sin embargo, si mi hijo no estuviera tan próximo á morir, con gusto los daría para hacerle libre.

—No se morirá tu hijo—dijo el amo;—ve á buscar pronto el dinero.

En su fuero interno creía que Andresito no viviría, y cuando ahora le ve tan fuerte, gruñe y suspira; pero lo hecho, hecho está.

—¿Y qué haces con tu libertad, Andrés—dijo Celia.

—Cazo—dijo Andrés.

—No lo dice todo—añadió Ivan.—Ha ido á la escuela y sabe leer y escribir. Es un sabio.

—Eres de veras un sabio?—preguntó Celia.

—Mi padre lo dice. Bastante sé, para saber que no sé nada.

—Nada de eso—gritó Catalina.—No le haga usted caso.

—¿Qué piensas hacer?

No sé, mi mayor alegría es correr al aire libre; la caza me da bastante para vivir; nada más pido.

—¿Qué animales cazas?

—El lobo, la hiena, el oso.

El joven saltó y volvió en seguida con una pelleja de oso negro.

—Ahí tiene usted el último que he matado—dijo.

—¿Sabes que esa piel es magnífica y que un señor la compraría? ¿No has encontrado comprador?

—Muchas veces la habría podido vender, pero no me he querido separar de ella, porque el oso me dió bastante que hacer.

—Por poco le mata—dijo Ivan.

—¿Cómo fué eso?—preguntó con curiosidad Celia.

—Sencillamente—respondió Andrés—porque le falló el tiro á mi carabina, y tuve que atacar al oso con mi cuchillo de monte; por cierto que se defendió con vigor, á lo cual tenía derecho. Eso es todo.

—¡Dios mío!—dijo Celia—si yo viera un oso me moriría de miedo.

—Esté usted tranquila, que nunca llegan hasta aquí—respondió Andrés.

El perro ladró, porque alguien entraba en el patio.—¡Ay! ¿Será Prascovia?—dijo la joven palideciendo.

—No tema usted—dijo Andrés—será algún vecino, pero no deben á usted verla con ese traje.

Salió él para detener un momento al visitante y dar tiempo á Celia para llegar á su cuarto. Subió la escalera corriendo, y se detuvo para escuchar temiendo reconocer la voz de su tutor ó de Prascovia, pero oyó voces rústicas que daban ruidosamente los buenos días.

Catalina fué á buscar pronto á la condesita.

—Es una mujer con su hijo y su nuera; vienen á preguntar qué ocurrió anoche, porque oyeron ladrar á los perros y abrióse la puerta cochera. Ahora les están diciendo que es usted una sobrina nuestra al servicio de una gran señora, quien la envía aquí mientras dura un viaje que hace al extranjero. Pero es preciso que cambie usted de traje, y aun así no parecerá aldeana.

—¡Bah, bah, Katia! Los mujiks no son tan listos, y bajo esta ropa grosera no verán más que una hija del pueblo.

—No hay que fiarse demasiado de ellos; son muy astutos cuando quieren adivinar lo que no les importa.

—Diles que imito los modales de mi señora. ¿Pero qué ropas voy á ponerme?

—Macha le prestará su traje de fiesta. Será muy grande para usted, pero le haremos algunos pliegues entre tanto, y para el domingo ya tendremos otro traje á la medida.

Macha vino con un lío y entraron en el cuarto.

—¡Ah!—exclamó Catalina.—ha tirado toda su ropa por el suelo. ¡Y qué hermosa es! Ya se ve que son vestidos de gran señora.

Enseguida empezó á arreglar el cofre, demostrando su admiración á cada momento. Macha deshizo el lío y empezó el tocado de Celia. Mucho duró, porque cuando la joven bajó á la sala común transformada en aldeana, ya era de noche. El traje le sentaba muy bien, y se le figuraba haberse disfrazado para representar alguna comedia en una reunión de amigos.

Ivan estaba solo con su nieto Fera, que hacía saltar en sus rodillas. Trajeron luz, y Catalina y Macha se sentaron, poniéndose á coser, aunque levantándose una de ellas á cada momento, para cuidar de la cena.

—¿Dónde está Andrés?—dijo Celia—¿está de caza?

Ivan sonrió lentamente.

—No lo creo—dijo—debe de estar en casa del viejo Antonovitch, un arrendatario del pueblo. Tiene una hija bonita que podría convenirle á nuestro Andrés.

—Akulina—dijo Macha sonriendo.

—¡Ah!—exclamó Celia con cierto despecho:—¿Son novios?

—Todavía no—contestó Catalina yendo al fogón.

En el salón de su tutor, el mayor placer de Celia era atraerse á los adoradores de Prasco-

via, cosa que le era fácil. Con una mirada y una sonrisa obligaba á todos los preferidos de Prascovia á reunirse á su alrededor, abandonando el rincón donde estaba su rival. Nada le era más agradable que la impotente cólera de aquella á quien detestaba. Algunas veces hasta había procedido con mucha ligereza, trastornando sin piedad á más de un sincero enamorado, de quien no hacía pizca de caso cuando se le había pasado el capricho. Ocurriósele, por un momento, tratar á Akulina como á Prascovia, pero este pensamiento la hizo encogerse de hombros.

Sin embargo, cuando Andrés volvió, le dijo con maliciosa sonrisa:

—¿Y qué? ¿has visto hoy algún lobo?

—No he salido del pueblo—respondió Andrés.

—¿Has ido á ver á Akulina?

—La he visto—respondió.

—Es una chica guapa ¿verdad? Ya me la enseñarás. Y á propósito—dijo saltando de una idea á otra sin ilación alguna—tengo el proyecto de escribir á mi tutor.

—Pero el sello de correos le hará saber dónde está usted—dijo Catalina dejando su labor.

—No, ya verás; he ballado el último invierno con un joven agregado á nuestra embajada en París, y le enviaré mi carta, rogándole que la eche allí al correo, y de esta manera creerán que estoy en París.

—¡Buena idea!—dijo Macha.

Anda ligera á buscar mi maleta.

Macha salió y volvió enseguida.

La maleta, colocada sobre la mesa, era una de esas obras maestras complicadas de los fabricantes modernos. Era de tafíete encarnado, con cantoneras de cobre dorado y la cifra en

letras rusas, en relieve, al medio. El interior, forrado de raso azul celeste, se dividía en muchos departamentos. Uno tenía álbums, un caballete en miniatura y todo lo necesario para dibujar y pintar; otro, un estuche de tocador; otro, recado de escribir completo.

El pequeño Fedia se había acercado y se fijaba con admiración en todas las cosas bonitas que Celia iba sacando de la maleta. Su linda cabeza, de cabellera color cáñamo, de sonrosadas mejillas, llegaba precisamente á la altura de la mesa. Tenía, según costumbre, un dedo metido en la boca, y de pronto puso resueltamente aquel dedo sobre la corona condal que adornaba el pliego blanco sobre el cual Celia iba á escribir.

—¿Es algún animalito eso?—preguntó dirigiendo sus grandes ojos azules á la joven.

Macha frunció el ceño y le riñó. Celia, riéndose, dió el pliego manchado al niño, cogió otro y se puso á escribir rápidamente.

Su letra era tan fina, tan poco acentuada, que Andrés, desde su sitio, no veía en el papel más que líneas casi rectas, y creía que la joven se entretenía en rayar el papel. Cuando acabó las dos cartas, las cerró, y puso el sobre:

—Ya está—dijo Celia—la llevarás al correo.

Andrés cogió la carta y miró un rato el sobre.

—Señora—dijo después de un momento de vacilación—esta letra es demasiado bonita para que puedan descifrarla los empleados del pueblo. Yo leo, ó adivino, mejor dicho, la palabra *Señor*, pero no leo más. También notarán enseguida que no es un mujik quien ha escrito esas letras, más finas que los cabellos de la

virgen, y eso daría qué hablar, porque en un lugar todo se nota.

—¡Cómo! ¿Mi letra no se entiende?—exclamó Celia.—¡Pues si todo el mundo la ha leído siempre!

—Nosotros somos aldeanos—dijo Andrés.

—Es verdad. Pues bien, pon tú mismo el sobre—dijo Celia dando á Andrés otro sobre: Señor vizconde de P..., en la embajada de Rusia, París.

La letra de Andrés era abierta, ancha, algo tosca, pero perfectamente legible.

El correo ha salido—dijo.—Mañana echaré la carta.

El marido de Macha volvió silenciosamente, se quitó su gorro de piel de carnero, y persiguiéndose saludó á las santas imágenes que sobre fondo de oro brillaban en la pared. Después se sentó en la punta de un banco.

—¡Qué de prisa ha pasado el día!—dijo Celia oyendo dar las siete.—No he tenido siquiera tiempo de visitar la granja ni el pueblo.

—No tardará usted en verlo, y tampoco es cosa tan bonita—dijo Ivan.—Quiera Dios que no se aburra usted aquí.

—¿Qué hacéis ordinariaments?

—En el invierno, poca cosa. Nada puede hacerse cuando la nieve todo lo cubre. Las vacas están encerradas en los establos con los carneros, los cerdos y las aves. Los gañanes bastan para todo. Se vá á buscar leña á las cercanías; se lleva borraje á algún pueblo próximo, y Andrés caza.

—Y de noche—dijo éste—contamos historias y leyendas mientras los lobos aullan fuera tristemente.

—¿Vienen cerca de aquí?

—Alguna vez, de noche, atraviesan el pueblo; al otro día se vé la huella de sus pasos sobre la nieve. Hasta se cuenta que, durante un invierno muy riguroso, entró un lobo en la cocina de una cabaña y se sentó timidamente junto á la lumbre.

Era en casa de Vacía, el carpintero—dijo Fedia marcando las cejas,—el que vive al otro lado del estanque.

Al ver al inesperado huésped—continuó Andrés—todos quedaron inmóviles de miedo; permanecía allí con el rabo entre piernas, el pelo rojo erizado por el frío, los ojos chispeantes, y sin moverse. Los niños perdieron el miedo los primeros, y tuvieron la idea de acercarle la escudilla de los perros. El lobo retrocedió con temor al principio, después volvió y de una lengüetada limpió la cazuela. Al día siguiente se fué en cuanto abrieron la puerta, pero volvió de noche, y así continuó diariamente hasta la primavera.

—Era un buen lobo—dijo Fedia—nunca hizo daño á los niños que jugaban cerca de él, pero no se dejaba tocar y retrocedía cuando se acercaban á él. Me parece estarlo viendo aún con su hocico puntiagudo y sus ojos llameantes.

—¿Oís gruñir á los perros?—preguntó Andrés—Los lobos han oído, sin duda, que hablamos de ellos, y andan por el límite del bosque. Y al decir esto se había levantado el joven y había descolgado el fusil.

—Andrés, Andrés, no vayas—dijo Celia—me harás soñar con los lobos toda la noche.

—¿Vas á cazar á estas horas?—exclamó Catalina temblando—no seas loco, ni te vayas á estas horas, cuando no se ve nada, á que te devoren esos bichos.

—¡Bah! ¡Bah!—dijo Andrés encogiéndose de hombros.

Pero no insistió y volvió a colgar el fusil.

III

A Cella le costó trabajo dormirse aquella noche; experimentaba una extraña sensación en aquel medio tan nuevo para ella. Después de la animación de la existencia mundana á que estaba acostumbrada, le parecía que la vida se había detenido súbitamente como la andulación del agua bajo el abrazo del hielo. Aquella aldea silenciosa y desierta que sólo había entrevisto bajo su capa de nieve, le parecía fantástica, se creía llegada á los confines de las regiones polares, no la hubiera asombrado ver á lo último de la llanura tímpanos y osos blancos. Escuchaba sin querer, por si se oían los aullidos de los osos. Poco le faltaba para tener miedo y echar de menos el Castillo de Wologda, rodeado de buenas murallas, tras de las cuales ningún peligro era de temer. Sin embargo, el recuerdo del hermoso joven de altiva mirada, dispuesto á defenderla contra una manada de fieras, la tranquilizó algo, y se durmió.

Al día siguiente solicitó visitar el lugar. Andrés hizo enganchar su ligero trineo.

—¿Quiere usted que guie?—preguntó á la condesita.

—¡Ya lo creo!—contestó ésta, instalándose en el estrecho vehículo.

Andrés la echó sobre las piernas su pellica de oso negro, y se sentó á su lado mientras el criado abría de par en par la puerta cochera.

El trineo salió á galope.

El cielo era de un ligero azul sembrado de algunas nubes de oro, la nieve buscaba al sol, hacía frío, pero no corría un átomo de viento. El trineo entró por la principal calle del lugar, que estaba formada de cabañas bastantes miserables en su mayoría, pero que hacía encantadoras la nieve blanquísima poblada de sombras apiladas. Algunos rostros de mujeres aparecían detrás de los dobles cristales de las ventanas y miraban para el trineo con viva curiosidad.

Andrés detuvo los caballos al llegar ante la iglesia, que alzaba sus cinco campanarios, coronados por cúpulas dónde brillaba la escarcha.

—¡Qué pequeña es!—dijo Celia.

Un mujik se había detenido en un ángulo de la plaza.

—¡Eh! ¡Andrés Ivanovitch!—grito. ¿Es esa tu prima? ¡Qué blanca es y qué bonita! Ya se conoce que no es de por aquí.

—¡Qué pronto se sabe todo en un pueblo!—dijo Andrés. Y, sin embargo, no es de los más curiosos este viejo.

Un momento después se encontraron con una joven, que dijo:

—¡Buenos días, Andresillo!

—Es Akulina—dijo el joven.

Celia se volvió rápidamente.

—¿La encuentras bonita?

—¡Es la chica más bonita del pueblo!

—La he visto mal; ¿no tiene los ojos pardos?

—No; los tiene negros como usted.

—¿Se parece á mi por casualidad?

—No—dijo Andrés sin mirar á Celia—es usted mucho más guapa.

Una sonrisa hizo aparecer en las mejillas de Clelia aquellos hoyuelos que le sentaban tan